

Atica de Orosco - 1888

2

TÁNGER.

Artículos de viaje y ligero estudio
de costumbres marroquíes

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON PABLO DIAZ XIMENEZ,

MARQUÉS DE DÍLAR.



GRANADA.

Imp. de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.

1888.

Número:	C
Estado:	100
Sala:	(2)150
BIBLIOTECA HOSPITAL EAL GRANADA	

2 400 40

Galja

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

i 16456373

R-25.525

Universitaria	
CANADA	
	B
tantos	11
Numero	260 (2)

TANGER.



Número:	C
Estante:	001
Sala:	051 (2)
BIBLIOTECA HOSPITAL EAL GRANADA	

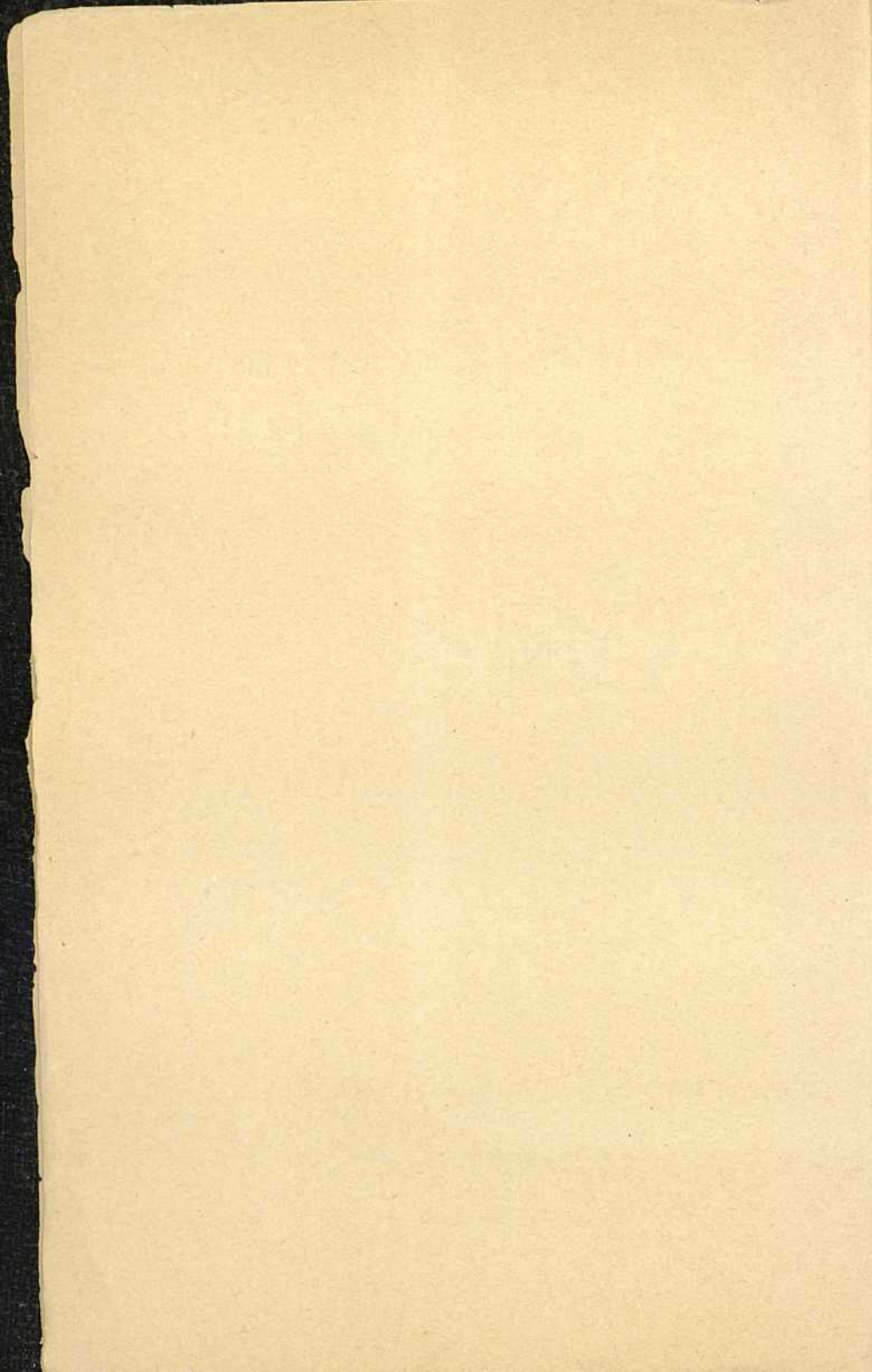
i 16456373

R-25.525

Universitaria	
CANADA	
	B
tantos	11
Numero	260 (2)

TANGER.





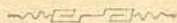
TÁNGER.

Artículos de viaje y ligero estudio
de costumbres marroquíes

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON PABLO DIAZ XIMENEZ,

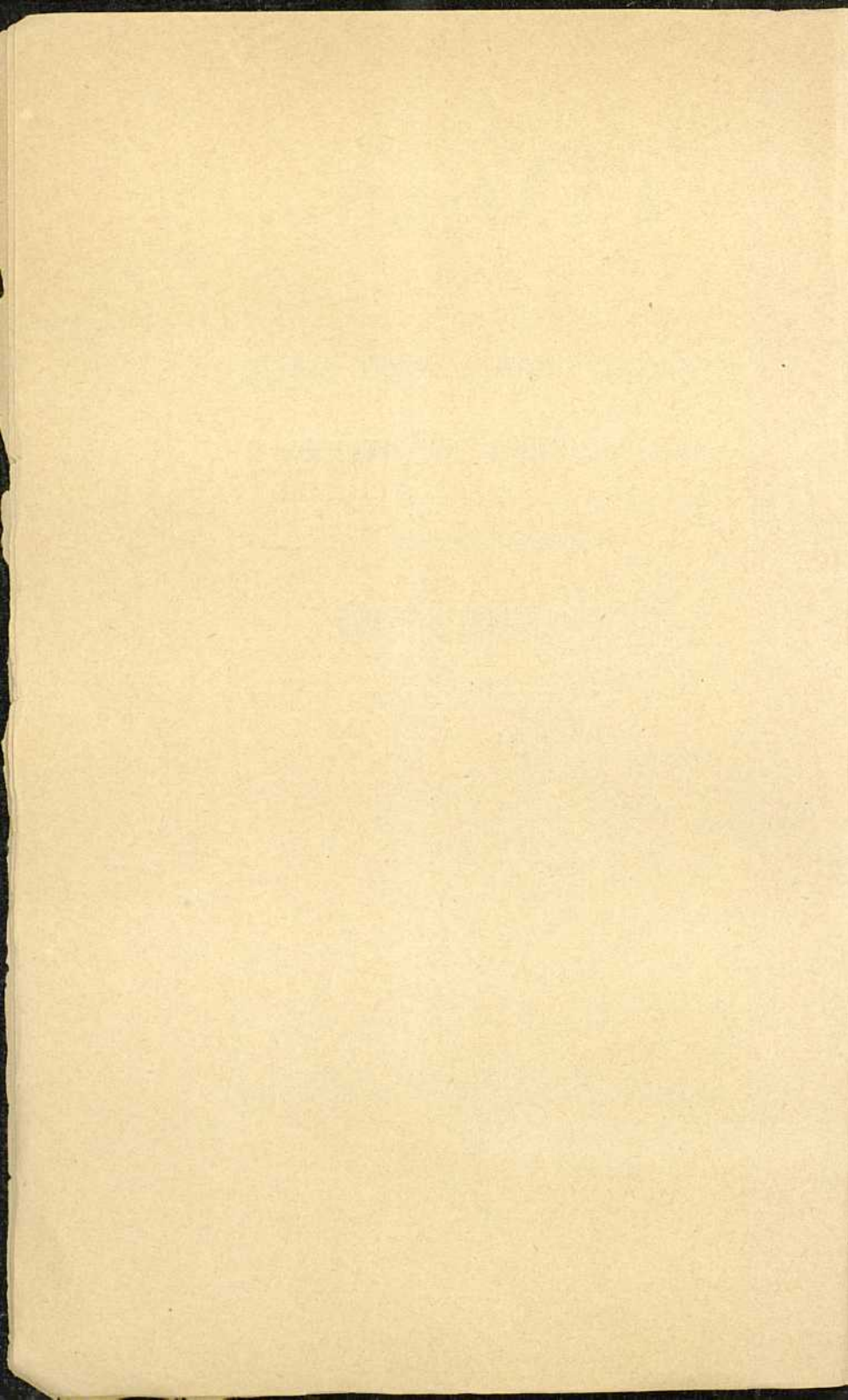
MARQUÉS DE DÍLAR.



GRANADA.

Imp. de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.

1888.

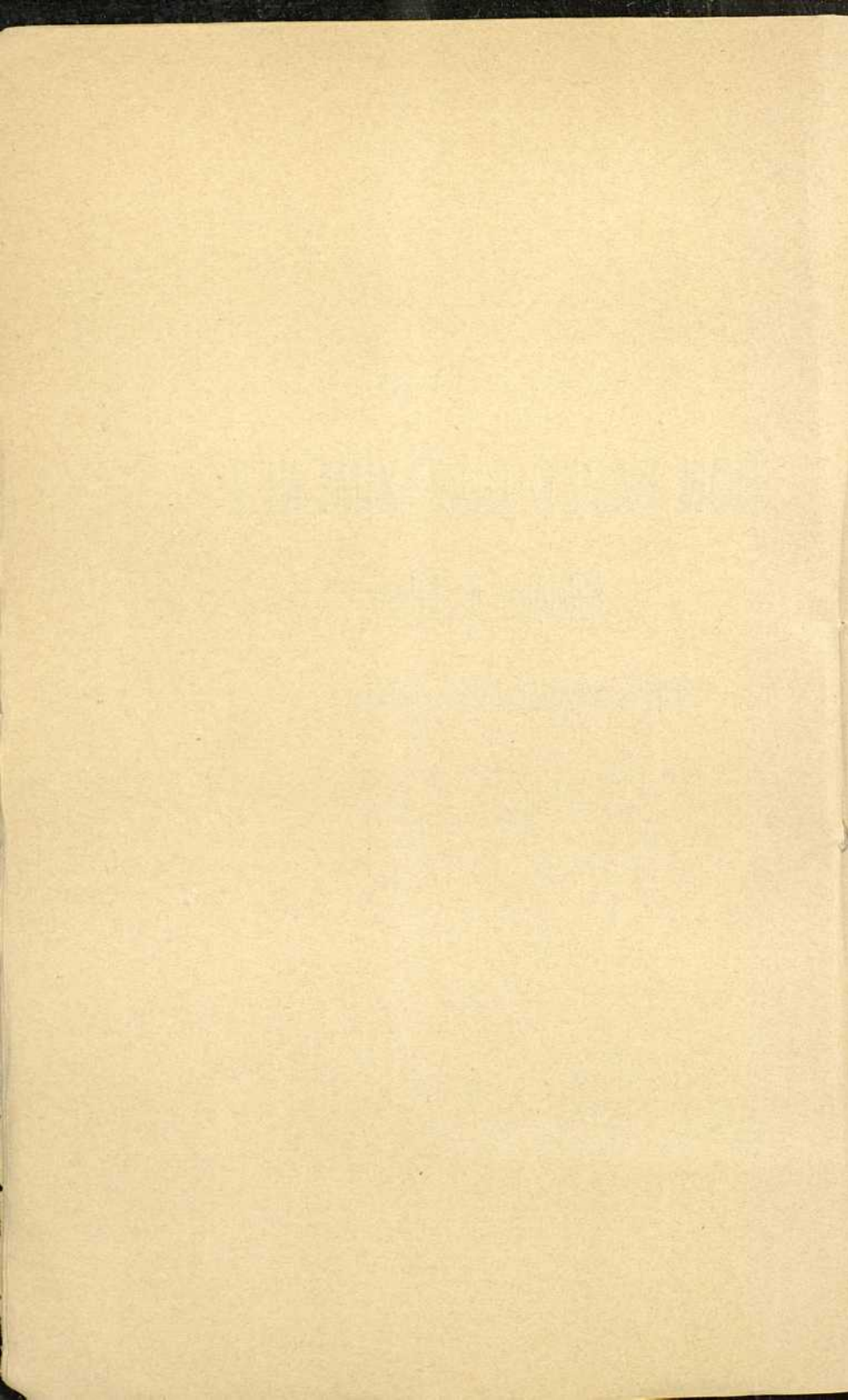


AL EXCMO. SEÑOR

DON PABLO DIAZ XIMENEZ

Marqués de Dilar

SENADOR DEL REINO.



I.

Querido Pablo, perdona
si hoy plugo á mi fantasía,
dedicarte esta poesía
que antiguo cariño abona.

Y no ha de extrañarte al fin,
pues no es ningún desatino,
que hable á un moro granadino,
un moro del Albaicín.

Con inteligencia clara
y castellano lenguaje,
nos relataste un viaje
que *El Liceo* (1) publicara.

Y Tánger y sus mezquitas,
las costumbres de los moros,
sus trajes y sus tesoros,
sus placeres y sus cuitas,
con tal donaire y sabor
fiel nos retrató tu pluma,
que el cuadro parece, en suma,
de renombrado pintor.

Verdad es, que algún detalle
suele ponerme en escama,
como el de ignorada dama
en cierta ignorada calle.

(1) Tomo 2.º, año de 1873.

Y de citas el misterio,
y de un aposento rico,
y de... pero callo el pico,
no descubra un gatuperio.

Déjome, amigo, de honduras,
y cada cual saque raja;
¡qué andalúz cuando viaja,
no le ocurren aventuras!

II.

Mas vamos á lo que importa:
si despues de tantos años
por bién de propios y extraños,
El Defensor (1) los recorta,
tan buén ejemplo me aplico,
y del público en abono,
aunque tuyos colecciono,
y aunque tuyos te dedico.

Que sepan es conveniente
fué el que escribe estos primores,
Alcalde de los mejores,
Senador independiente.

Pues no temo en la ciudad
que al aclamarte sincero,
buen patricio y caballero,
me digan que no es verdad.

.

(1) Números 2.757, 2.759, 2.760, 2.761, 2.762 y 2.766.

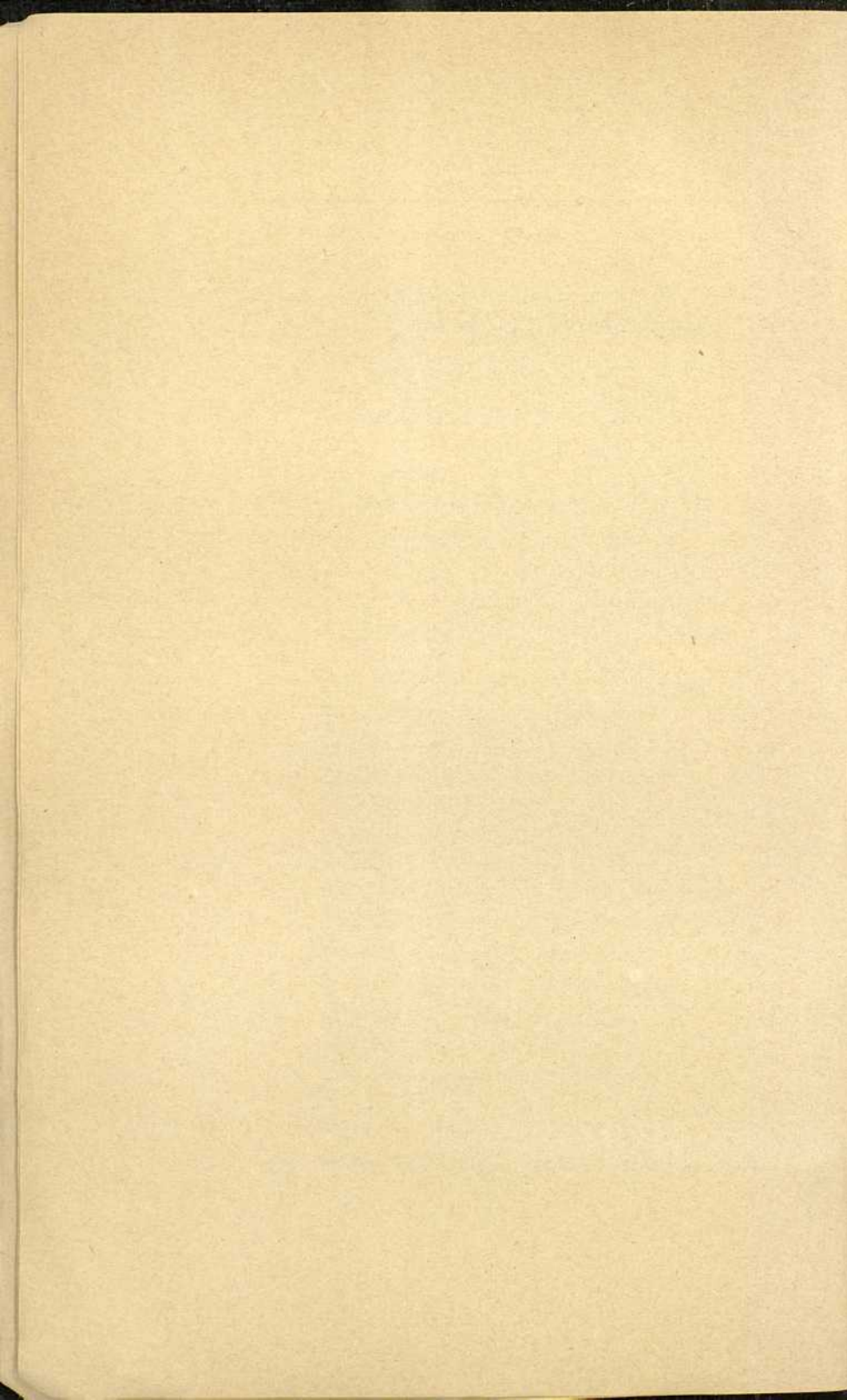
III.

Tánger, Fez, el continente
que el sol ardoroso baña,
tiene á los ojos de España,
doquiera interés creciente.

Y entre recuerdos de gloria,
en ella los ojos fijos,
cumplamos cual buenos hijos,
lo que manda nuestra historia.

Y haga el cielo soberano
brille á la primera luz,
la bandera de la cruz
en ese suelo africano.

Antonio J. Afan de Ribera.



TÁNGER.

I.

Hoy que Tánger está sirviendo de refugio á muchas familias españolas que, no creyéndose seguras en España, buscan un asilo pacífico y tranquilo entre las tribus del Riff; hoy que muchos vecinos de las provincias de Málaga, Córdoba y Granada se hallan residiendo en Tánger, vamos á hacer una ligera descripción de aquella parte del África, española en otro tiempo.

¡Tánger, residencia pacífica, comparada con España!

Si hace algunos años se hubiese atrevido alguno á profetizar este fenómeno social, es seguro que habría causado la risa y aún la indignación de todo buen español.

La ciudad se halla reclinada en una colina algo elevada, situada en la desembocadura del estrecho de Gibraltar, frente á Tarifa, y á unos doce kilómetros de nuestra plaza de Céuta. De su origen, sólo se sabe que del poder de los vándalos pasó al de los godos españoles, que la abandonaron después, y ocupada por los árabes, fueron dueños de ella hasta el año 1471.

Al buscar en la historia antigua el porqué de estas transformaciones sucesivas, por las cuales los pueblos cambiaban de dueño con una rapidez tan extraña como repetida, hay que recurrir á fechas remotas en que todo aparece envuelto en la oscuridad y la duda, y duda y oscuridad es el resultado de nuestras investigaciones. Hoy es otra cosa; para explicar las anexiones que hemos presenciado en pocos años y que ojalá nuestras revueltas políticas no nos hagan partícipes de ellas, basta un pretexto geográfico, una razón de *alta política* ó un motivo de afinidad. Con cualquiera de estas *justas causas*, el pueblo más fuerte pasa la tosca brocha de su ambición sobre el mapa de Europa, y borra uno ó más Estados, el todo ó parte de una nación.

En 1472, los portugueses conquistaron la plaza de Tánger, y la poseyeron hasta que Felipe II, á la muerte del cardenal rey D. Enrique, alegó sus derechos á la corona lusitana, y sometió por las armas á los que por la fuerza intentaron contradecirlos. Los corregidores de Cádiz, Gibraltar y Jerez de la Frontera fueron los encargados de tomar posesión en nombre del rey de España, de la plaza de Tánger, en unión de las de Céuta y Arcilla.

Tánger, pues, perteneció á España durante los reinados de los tres últimos Felipes; mas al aclamar en Portugal, por su rey, al duque de Braganza, el gobernador de Tánger siguió la causa de la rebelión y entregó la plaza á los portugueses.

Siendo regente de Portugal la viuda del duque de Braganza, D.^a Luisa Francisca de Guzmán, hermana del de Medina Sidonia, por el tratado de matrimonio de su hija D.^a Catalina con Carlos II de Inglaterra, cedió á la misma, en dote, la plaza de Tánger. Era gobernador de ella D. Francisco de Meneses, conde de Ericciera, el cual pidió ser relevado del cargo por no tener que entregarla á los ingleses. Se le hicieron ofertas tentadoras, entre ellas el marquesado de Laurizal; pero negóse á aceptarlas, y fué preciso elegirle un sucesor, que lo fué D. Luis de Almacida, y por su condescendencia se le nombró conde de Avinte y Grande de Portugal. Muchos señores servian en la guarnición de la plaza de Tánger tres años, para conseguir encomiendas.

La princesa de Portugal, antes de pasar á Inglaterra á desposarse con Carlos II, quiso visitar á Tánger, y el 26 de Mayo 1662 partió de Lisboa. La flota que le acompañaba se componía de diez fragatas, á las que se le unieron en Tánger quince más enviadas por el rey de Inglaterra, para escoltar á su esposa hasta Dowres.

Los monarcas ingleses hicieron importantes obras de defensa para la conservación de la plaza, así como un excelente muelle para comodidad del comercio; pero viendo que la posesión de aquel territorio, en vez de ofrecer ventajas les acarreaba gastos, comisionaron en 1685 al conde Dartmonth, para que pasase á la ciudad morisca y destruyese los muros, castillos y muelles y cegase el puerto.

Grandes fueron las instancias que los portugueses hicieron para que Inglaterra, en lugar de dejar abandonada á los moros la plaza de Tánger, la restituyese á sus antiguos poseedores, ofreciéndose á satisfacer cuantos gastos habían empleado los ingleses en las obras de defensa y comodidad; pero los flemáticos destructores se negaron á todo. Hecha la paz entre España y Portugal, nuestra nación gestionó sobre el mismo asunto, interviniendo á la vez Francia para ayudar á la recuperación de Tánger por los portugueses; pero nada se consiguió tampoco. Inglaterra prefirió que la africana plaza fuera de los mahometanos antes que de cualquiera otra nación cristiana.

Esta conducta egoísta y maliciosa del monarca inglés contrastaba de una manera notable con la noble y digna de nuestro rey Cárlos IV.

II.

Había en España por los años de 1802 un hombre, notable por sus conocimientos adquiridos en continuos viajes á las principales capitales de Europa, Africa y Asia, donde entabló relaciones con los sabios más distinguidos y con los establecimientos científicos más importantes. Había reunido una magnífica colección de historia natural, que por conducto del Principe de la Paz regaló al rey Carlos IV. Se llamaba D. Domingo Badía de Castro, y era natural de Barcelona. En una conferencia que tuvo con el Principe de la Paz, le dió á conocer el proyecto que acariciaba de hacer un viaje científico al interior del Africa; y el príncipe que le conocía y le apreciaba, le facilitó los medios de llevarlo á cabo, encargándole, que además de realizar sus propósitos, procurarse con reserva y prudencia entablar relaciones íntimas y comerciales entre España y el imperio de Marruecos, haciendo para conseguirlo un esfuerzo supremo, que debía empezar por ganar la voluntad del emperador. Badía estudió detenidamente el asunto, se procuró una genealogía completa árabe, co

mo hijo de Othman Bey príncipe Abbasida y descendiente del Profeta, vistió el traje musulmán, prestóse en Londres (aunque con riesgo inminente de su vida) á la dolorosa operación de la circuncisión, y revestido de todas las señales exteriores y con sus grandes conocimientos en la lengua, costumbres y la literatura oriental, y los inmensos recursos materiales que le facilitó el Príncipe de la Paz, partió de Tarifa, desembarcando en Tánger el 29 de Junio de 1803.

Aquí ya desaparece por completo la personalidad de Badía y solo se ostenta la figura del príncipe *Aly Bey el Abassi*.

La elegante figura y noble continente de Badía, sus títulos escritos en árabe antiguo y admirablemente confeccionados de sellos y firmas, la minuciosidad en las prácticas religiosas, sus conocimientos en astronomía, química, medicina, geografía é historia natural, llamaron desde luego la atención de aquellos pueblos incivilizados, y ni por asomo se suscitó la más pequeña duda acerca de su descendencia. Decíase un príncipe Abbassida, descendiente del Profeta y procedente de Alepo (Siria), que despues de haber viajado por Europa para extender sus conocimientos, iba ahora al Africa y al Asia á continuar sus investigaciones y á realizar la santa peregrinación á la Meca, tan recomendada á todos los verdaderos creyentes.

Con su tacto fascinó completamente á toda la población y á las autoridades de Tánger, pasó á Marruecos y

á Fez, siempre de acuerdo con nuestro gobierno, y presentado al fanático y desdichado emperador Muley-Soliman, llegó á alcanzar tal ascendiente sobre él, que no solo le trataba como amigo y hermano, sino que le consultaba los negocios más árdulos, le colmaba de regalos régios, haciéndole, entre otras donaciones, la de un magnífico palacio cerca del suyo, y de la deliciosa casa de campo ó sitio real de *Semelalia*, inmediata á la ciudad, enviándole mujeres de su harem imperial y descansando absolutamente en él todo el peso de la corona. Al propio tiempo el pueblo y los magnates del imperio (que odiaban en general al despótico y estúpido Muley-Soliman), favorecían con sus simpatías y con su obediencia casi idolátrica al príncipe Aly Bey, hasta el extremo de formar un partido poderoso para exaltarle al trono y deshacerse del aborrecido Muley.

Alzábase á la vez en todo el imperio otra formidable facción, siempre contraria al sultán reinante, y á favor de Heschan, hijo de Hacmet y uno de los príncipes de la sangre. Nuestro intrépido Aly Bey se encontraba en una situación altamente complicada y difícil, y todo ello teniendo que contar reservadamente con el gobierno español.

Hasta aquella fecha habían sido inútiles sus gestiones sobre la realización convenida entre él y Godoy para procurar una alianza con España y entablar entre ambos países relaciones mercantiles. El fanatismo del emperador Muley no permitía ni oír hablar siquiera de un

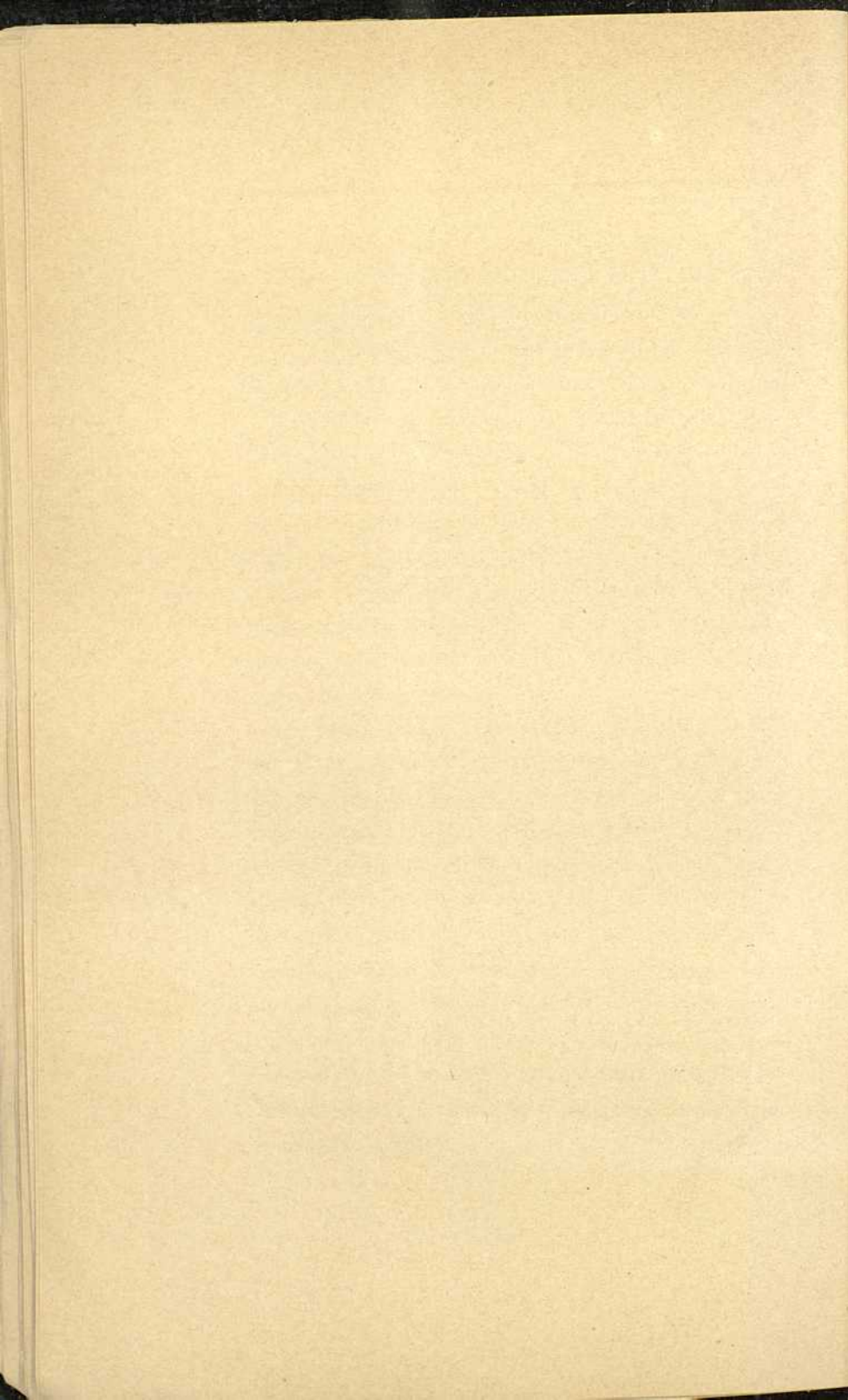
país hácia el cual conservaba el ódio y el encono de su raza; y cuando Aly Bey insistía en sus consejos, el sultán, lleno de cólera, exclamaba que «no solo no haría jamás la paz con los cristianos españoles establecidos en el litoral de su imperio, sino que proyectaba penetrar en nuestro territorio y restaurar las antiguas mezquitas de Córdoba y Granada.

Ante esta actitud empezó Aly Bey á entenderse con su competidor Heschan y hacerle comprender que el gobierno español apoyaría sus pretensiones al trono, á cuya insinuación respondió el hijo de Hacmet, que si tal llegara á realizarse, él cedería á la corona de España el reino ó provincia de Fez, es decir, Tánger, Tetuán, Larache y otras ciudades no menos importantes del imperio.

El Príncipe de la Paz aceptó el convenio, dió las órdenes oportunas al marqués de la Solana, capitán general de Andalucía, para mandar á Ceuta con la posible reserva las tropas y armas que pedía Aly Bey; ya estaba dispuesto todo para dar cima al atrevido proyecto, cuando al referir Godoy al Rey Carlos IV los términos en que se hallaba el asunto, y bién informado de todo hasta en sus más pequeños detalles, el bondadoso monarca no pudo menos de rebelarse contra la idea de ser cómplice en una desleal traición y de pagar con ella la espléndida hospitalidad y confianza dispensada al supuesto Aly Bey por el sultán, y en el acto mandó expedir contraórdenes al marqués de la Solana para no en-

var las tropas, y á Badia para que, saliendo de Marruecos, regresase á España,

Tánger, pues, siguió y sigue en poder de los marroquíes, y aunque estuvo en poco que en 1860 pasase á ser plaza española, nuestros valientes soldados, más disciplinados que hoy en aquella gloriosa fecha para las armas españolas, no tuvieron necesidad de entrar en Tánger, pues una paz honrosa cortó el hilo de sus victorias.



III.

La plaza morisca ofrece pocas comodidades al viajero. Tan solo posee dos mal llamadas fondas que, á la verdad, carecen del *confort* á que está acostumbrado el viajero en sus excursiones por Europa; en cambio, sobran judíos que, amantes del oro como todos los de su raza, brindan al recién llegado con un hospedaje más ó menos aceptable, pero simpático en cierto modo, gracias á las palabras dulces y suaves que emplean aquellos cosmopolitas mercaderes. En cuanto á puntos de reunión, ni un café, ni un paseo permiten esas agradables agrupaciones, esas pequeñas sociedades que tanto halagan al hombre cuando se encuentra lejos de su patria.

Allí, la sociedad, ó mejor dicho, el trato social, no existe; la ciudad de Tánger, como todas las morunas, es una agrupación de familias, sin lazos íntimos que las unan y acerquen; cada cual vive con sus mujeres y sus hijos; no hay reuniones, no hay nada. El mercado y la mezquita: hé aquí los dos únicos elementos sociales del musulmán.

En cambio tiene Tánger grandes atractivos para el hombre pensador, para el que en sus excursiones no se limita á visitar pueblos sin obtener útiles enseñanzas.

Allí se ven en todos sus caracteres notables tipos de esa tierra cálida y semisalvaje: de esa región que todavía encierra un profundo misterio en sus montañas, en sus llanuras, en sus desiertos y en sus arenas.

El árabe de esclarecida estirpe que dá á sus manos una suavidad y blancura que envidiaría la más encoquetada y elegante dama europea, pasa en las intrincadas calles de la ciudad junto al hijo de los campos ó el harapiento marroquí, sucio, de tez oscura, de mirada sombría, cuyos labios rojos, al sonreír, se contraen con movimientos siniestros.

Allí también habitan hermosas moras que difícilmente son vistas por los cristianos, si bién no falta algún afortunado mortal que, á riesgo de aventurar su cabeza, posó sus ojos en las hijas del Profeta, atrevimiento disculpable en quien rinde culto á la belleza; pues no debe pasarse en silencio que aquellas mujeres, rebozadas en sus vestidos fantásticos, constituyen con frecuencia admirables modelos de escultura.

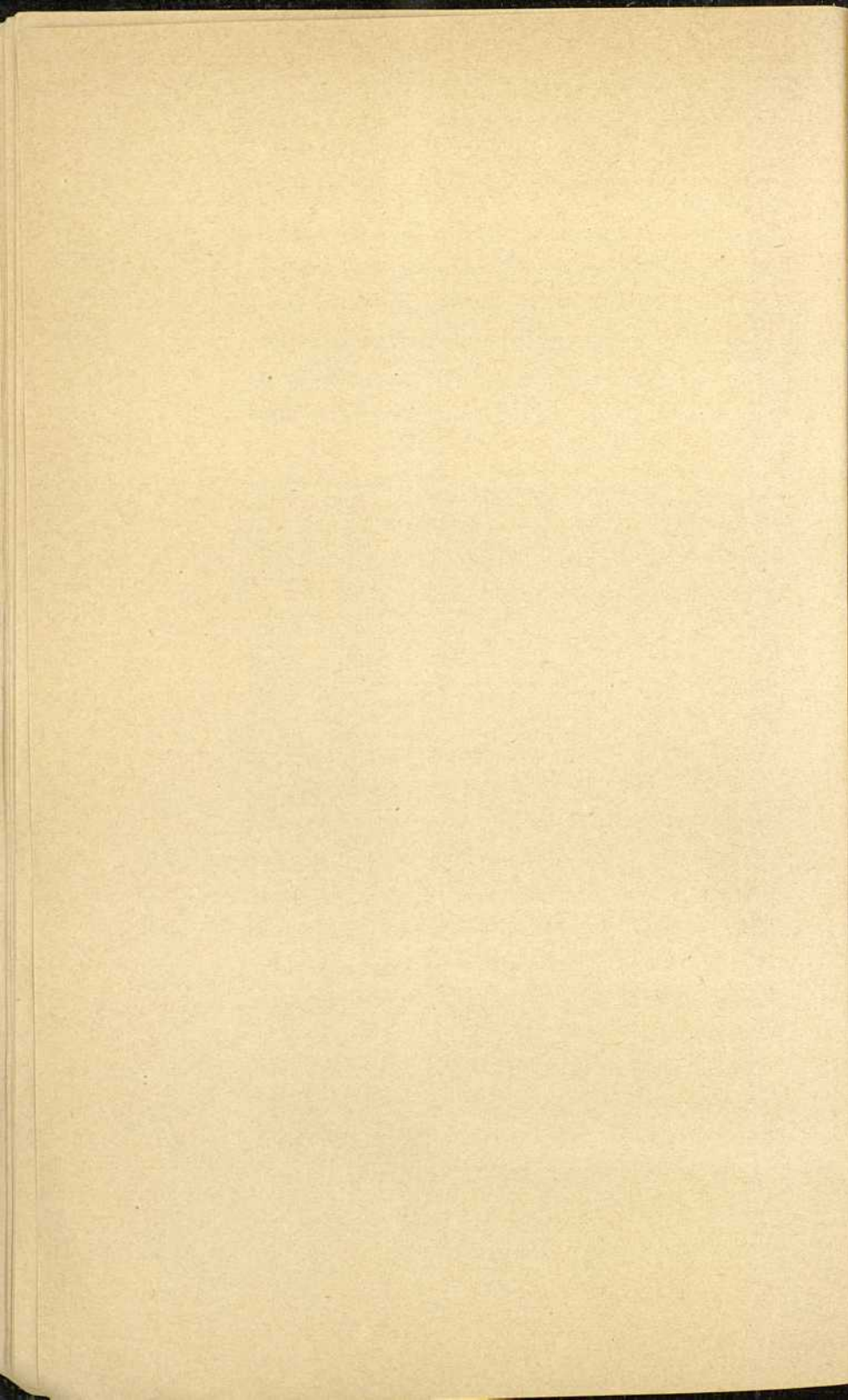
Al lado de esos deliciosos tipos hay otros de menos importancia, aunque de aspecto semejante. Así, por ejemplo, es fácil encontrar en las vías públicas alguna apada mora que se desliza en silencio á practicar cualquier diligencia. Si algún curioso, aprovechando

la oportunidad de ver á la incógnita en oculto y solitario paraje, la detiene y levanta el manto que cubre su rostro, es fácil que su mano deje caer el tupido velo de blanca lana, gracias á la doble sorpresa, de una fuerte sacudida de la hija de Eva, y al desengaño que inspira el hablar á una mujer gruñona, de avanzada edad, allí donde se había soñado una huri del paraíso de Mahoma.

Pero como no todas son desilusiones en este mundo, á veces encuentra el audaz importuno cuando levanta el cruel manto una fresca matrona, de miraba ardiente, de gracioso rostro y de agradables formas.

Y como la naturaleza humana es un enigma, como sus actos y sus movimientos ofrecen un continuo fenómeno, aquella mujer, después de contemplar al cristiano que vino de las costas de España para alzar el velo á una africana, reflexiona, extrañando la agresión, trascurren agradables instantes de indecisión para el uazareno, y la desconocida, que ni huye, ni cede, ni rie, ni llora, se aleja al fin, envolviendo en su blanco ropaje un extraño recuerdo.

¡Cuánta razón tienen los moros al repetir la sentencia: *Dios es grande!*



IV.

La plaza de Tánger tiene un agradable aspecto vista desde la playa. Sus blancos edificios agrupados para defenderse de los rayos del sol, y sus jardines de azahar, hacen concebir al viajero grandes ilusiones, que desaparecen cuando se la mira desde dentro. Calles estrechas é irregulares, tortuosas y poco limpias, casas de dos pisos á lo más, bajas y de mal aspecto, sin uniformidad alguna. El que visitara nuestro accidentado barrio del Albaicín hace doce años, puede decir conocía la ciudad de Tánger. Hay una calle donde el mal llamado comercio tiene sus tiendas y los hortelanos venden sus frutos, que aunque pendiente como todas, es ancha y desahogada; pero su pavimento tan abandonado, que en los días de lluvias se convierte en cenagosa laguna.

En dicha calle está la mezquita principal, cuya apariencia está muy lejos de ser suntuosa.

Una puerta de madera con un atrevido arco; unas paredes blanqueadas; un minarete cuadrado, esbelto; pero indudablemente no tan majestuoso como las to-

rres de algunas de las iglesias de los pueblos de nuestra fértil vega; unos cuantos devotos, que con rosario de gruesas cuentas en la mano se pasan largas horas en honda meditación, acurrucados en el umbral del templo; he aquí el carácter que ofrece la mezquita para los que no pueden penetrar en su misterioso recinto.

No sin trabajo pudimos adquirir de un judío un rosario de los que usan los moros para sus extraños rezos, que conservamos como un recuerdo de nuestra visita á los hijos del Profeta.

Cinco veces al día, el *muezzin*, encargado de la conservación de la *chuma*, sube á lo alto del minarete para congregar á la oración, apenas asoma el alba, cuando el sol esparce sus primeros rayos, al medio día, á la caída de la tarde y en el momento solemne y religioso para todos los pueblos, en que la sombra de la noche se extiende por el espacio, momento supremo y de inflexible melancolía. Entonces desde lo alto de la torre, volviendo la cara al Oriente, hácia el sitio donde está la Meca, y levantando las manos al cielo, rompe el aire con una voz grave y monótona que recuerda al buen musulmán la grandeza de Dios y las excelencias de Mahoma. Nada más fantástico que la extraña figura del *muezzin* dibujándose caprichosamente en el minarete, tíbiamente alumbrado con los postreros resplandores de la luz que se extingue. Tiene algo de patética esta escena, que nos recordaba el toque de la campana al *Ave María*, dada en la elevada torre de nuestra suntuo-

sa Catedral, en esa hora en que todo es vago é indefinible, luz y sombra, pensamientos y recuerdos.

El patronato de esta mezquita, como de las de todo el imperio, pertenece al emperador; su culto es sencillo y poco fastuoso.

Aun cuando el aspecto externo de las casas de Tánger es poco agradable, dentro de algunas se encuentra el refinamiento del gusto árabe, las magnificencias de la civilización oriental, del lujo, de la molicie de aquella raza, hoy tan decadente y prostituida, y muy especialmente en la ciudad que describimos. Patios embellecidos con caprichosos azulejos, fuentes de mármol, naranjos de suave perfume, arlesonados preciosos, arabescos lindísimos; pero esta es la excepción.

Dentro y fuera del zaguan de todas las casas hay con tinta negra ó azul trazada una mano, de forma imperfecta y dura, para evitar que penetren en el hogar doméstico los espíritus y las malas tentaciones.

Mas suelen no servir á los celosos moros estas supersticiosas precauciones, ni el ir cargados de amuletos con los *súras* ó capítulos 113 y 114 del Korán, ni el llevar pendientes del cuello, en bolsas de cuero ó seda, medallas de varios metales, con las que creen atraerse el amor de todas las mujeres; el mal espíritu y la mala tentación suelen á veces descansar en sus divanes de damasco, aquel cubierto de blanca chilaba que quizá escucha los latidos de un corazón cristiano, y este apoderándose, siquiera sea por breves momentos, de las

ocultas beldades marroquíes, que encuentran su disculpa en las ásperas costumbres de los árabes.

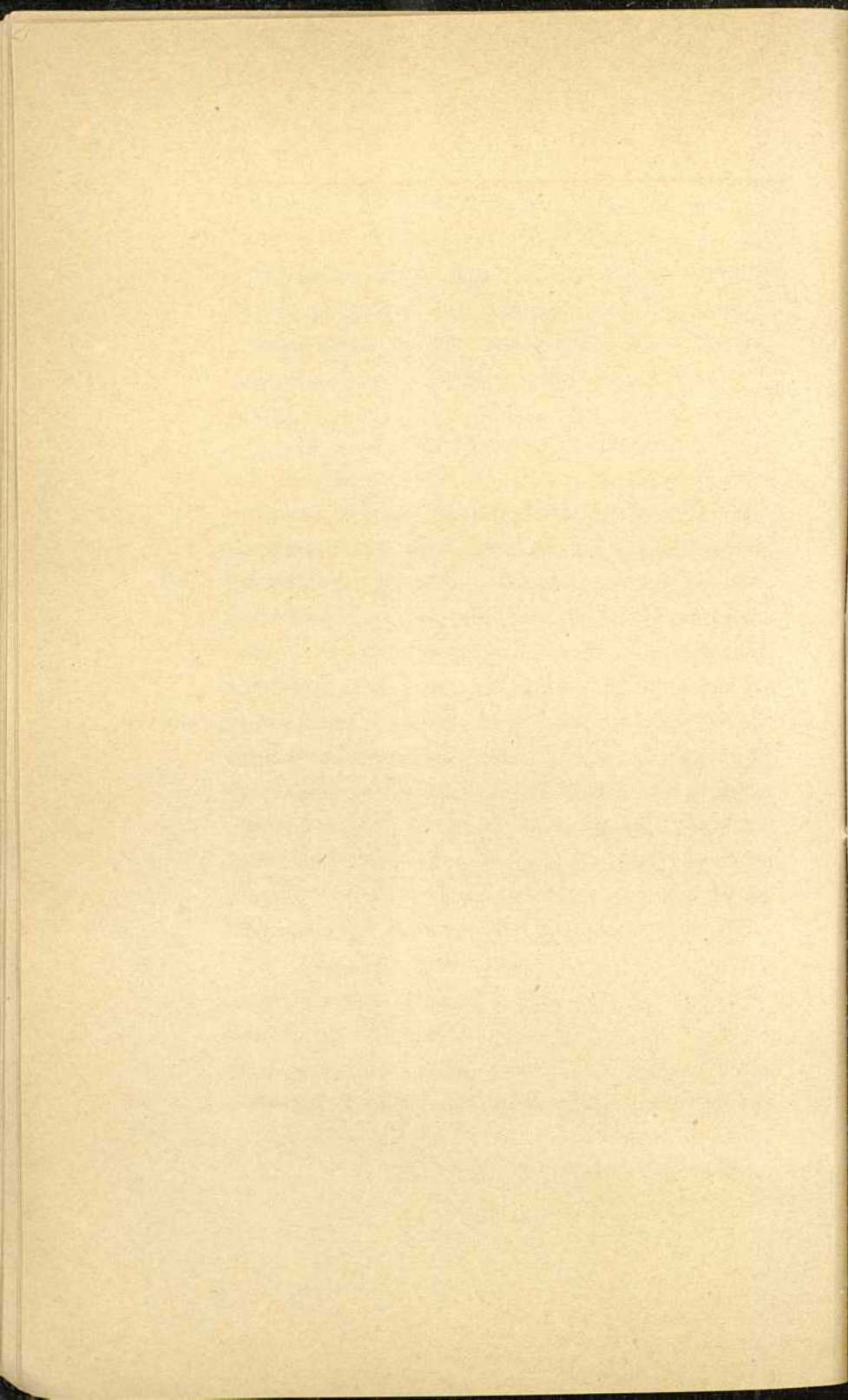
Las mujeres africanas, así como las de los pueblos orientales, descuellan por el lujo, que armoniza perfectamente con las prendas de su vestido amplio, elegante y misterioso. Este consiste en un precioso corpiño de damasco ó finísimo paño, y cuya manga abierta, que arranca de la parte superior, cae, dejando ver el mórvido y torneado brazo, embellecido con pulseras de oro y maderas olorosas. Un cinturón adornado de pedrería oprime la cintura, y desde ésta descende en pliegues caprichosos la falda y la sobrefalda del vestido. Esta última prenda, así como el manto que cubre la cabeza, son extremadamente largos en los días de gala.

El peinado guarda analogía con el que ahora usan las damas españolas, en cuanto á las dimensiones de la especie de promontorio que lo forma. En cambio, y como compensación favorable á la mujer africana, sus trenzas de ébano van enlazadas con perlas, cintas y diamantes que dan nuevo encanto á su belleza.

Grandes collares adornan sus gargantas: caen de las diminutas orejas largos pendientes de formas extrañas, lucen en las manos ricas y variadas sortijas, y por último, el pié, acaso menos pequeño de lo que exigiría una andaluza, va escondido en una graciosa babucha; como no existe la media, es notable eso de ver dibujarse á través de la epidermis las azuladas venas que en capri-

choso itinerario se ocultan en el calzado de los hijos de Marruecos.

Después de este retrato, fácilmente se concibe que haya moros que permanezcan todo el día acurrucados á la puerta de su casa como defendiendo sus huries, que tras la espesa celosía y cansadas de su monótono aislamiento, piensan en otra vida que no conocen, pero que adivinan con la doble inteligencia de su fantasía.



V.

En todas las poblaciones del Africa tienen los judíos un barrio separado llamado *Mellan*, donde puede decirse que viven encerrados. Solo en Tánger disfrutan del privilegio de habitar entre los moros y tener sus sinagogas con entera libertad de cultos. Tienen las casas amuebladas á la española, y fuera de las diferencias consiguientes al rito religioso, sus hábitos son españoles. Ellos viven entre los árabes con una administración y legislación distintas, y solo en los delitos comunes se someten á la autoridad del Bajá, á quien pagan una cantidad alzada que reúnen entre sí por medio de un reparto que procuran recaudar con arreglo á la fortuna de cada uno, pero tan sumamente módico, que nunca pasa de dos reales anuales por alma.

Puede asegurarse que los moros les tienen dominados, toda vez que les obligan á hacer demostraciones humillantes de respeto, como las de hablar de rodillas al Bajá, descalzarse al cruzar por delante de las mezquitas, dejar en rehenes á sus familias cuando salen á

viajar, previo el permiso imperial, y otras no menos molestas y vejatorias. En cambio los judíos con su habitual rapacidad, explotan en las transacciones mercantiles la estupidez de los marroquíes. Los unos halagan sus instintos sanguinarios con la humillación de los otros: estos se complacen en estafar á sus dominadores con la astucia y la hipocresía.

No puede haber matrimonio entre ambas razas, á no preceder la renegación por alguna de las partes, y á pesar de la tentadora hermosura de las mujeres judías y del sensualismo de los árabes, no hay ejemplo de que estos hayan quebrantado jamás dichas leyes.

Puede asegurarse que solo en Africa es donde, escudado por el fanatismo mahometano, subsiste en toda su pureza primitiva el tipo judío, conservando en la población hebrea su belleza física, que no se concibe sin contemplarla.

En cambio, en Europa, y á medida que desaparecen las preocupaciones religiosas, se van enlazando los descendientes de Israel con los indígenas, resultando de aquí bastardeado el verdadero tipo judío, que concluirá por perderse completamente dentro de algunos siglos.

Así vemos que la unión reciproca de ambos elementos, se extiende á las familias de todas las condiciones sociales.

Los judíos de posición modesta dan su mano á las europeas, y contrastando con estos humildes enlaces,

los que poseen considerables riquezas, proceden en idéntico sentido. Las hijas del célebre Rothschild casan con aristócratas lores, con príncipes alemanes y con potentados rusos, nacidos en la vieja tierra de Occidente.

En Tánger se ven tipos ideales con una perfección de cutis admirable y una tez, que separándose tanto en su blancura de las tintas un tanto biliosas de las italianas, como de la nitidez linfática de las inglesas, presenta los matices de la más nevada cera, en la que se destacan unos ojos negros como el azabache, animados, de gran tamaño, y púdicamente sombreados por larguissimas pestañas.

La dentadura blanca, igual y de diminutas piezas; los labios de vivísimo carmin, algo pronunciados quizá para el gusto espiritualista de los europeos, pero inapreciable para el materialismo oriental, que sostiene y con razón, que los labios son la almohada de la voluptuosidad, y es probado que en esto de almohadas, las más exageradas son las mejores.

En la forma de la nariz y en el sesgo de las facciones, hay una limpieza de líneas que recuerda las elegantes figuras de la escultura griega, majestuosas y solemnes por decirlo así y que sin duda representan la traducción tangible y *humanada* de las diosas mitológicas.

Las formas son por lo general abultadas; pero esta falta de esbeltez es característica del tipo oriental y del

gusto del país, por más que no faltan europeos partidarios de esos tipos.

El traje de las judías está lleno de coquetería. Recogen sus cabellos en anchas trenzas y formando un caprichoso enlace, circundan con ellas las orejas rematando detrás de la cabeza, en cuya cima colocan una especie de gorrito en forma de tiara llamado *esffifa*, hecho de rico tejido de oro enlazado con perlas y corales. Un corpiño ó justillo de terciopelo bordado de oro ó seda, según la posición de cada una, sujeta y dibuja el cuerpo; pero muy abierto por delante, quizá poco recatado.

De la cintura arranca una saya de fino paño llamado *giraldeta*, que nunca cubre el pié, que sin media se ve encarcelado en una preciosa sandalia de taflete.

Los brazos van al aire libre, y solo queda cubierta la parte superior de ellos cuando el manto, que equivale á nuestras mantillas y que tan solo usan por las calles, viene desde la cabeza en forma de cruz por el pecho á atar sus cabos por detrás de la cintura. No usan ni las enaguas ni los abrigos interiores de las europeas.

En los días de fiesta se cubren el cuello, los brazos y la cabeza con multitud de collares, pulseras, hilos de perlas y corales, y es preciso convenir que el conjunto, quizá un tanto sobrecargado, nada quita de su hermosura y elegancia á esas mujeres, que al adoptar aquella considerable suma de adornos, embellecen más todavía los rasgos distintivos de la raza hebrea.

El carácter de los judíos es poco agradable, á pesar

de su expresiva amabilidad un tanto empalagosa, pues son bajos, hipócritas y solapados; su principal y único objetivo en todas las circunstancias de su vida, es el *negocio*, y por cierto lo comprenden tan admirablemente que sacrifican su orgullo relativo, la comodidad y sosiego, con tal de que el desenlace de sus trabajos, de su doblez y sus decepciones sea la ganancia previamente calculada.

En cambio, la dulzura, la afabilidad de las judías, sus mimos y sus coqueterías forman un agradable y exquisito contraste con la línea de conducta y las condiciones que son particular distintivo de los deícidas del sexo feo.

El gran Rabi ó sabio anciano de los hebreos, es en Tánger un hombre de más de sesenta años, alto, grave, de blanca y larga barba, un tipo, en fin, de la edad de los patriarcas.

Conferenció largamente con él sobre religión, y al verse apremiado por los irrefutables argumentos que nos suministra la sólida doctrina de Jesucristo, y no sabiendo qué contestar, se encerraba en un fatalismo pobre y despreciable, concluyendo siempre con decir «si Dios hubiese querido que las cosas pasasen de otro modo, habrían pasado; y si me hubiera querido cristiano, habría nacido en tu Granada.»

Hay un olor especial en las habitaciones de los judíos ricos, dulce y fuerte á la vez; pero agradable y desconocido en Europa.

La esencia de rosa que usan los judíos no se parece á la que nos venden en España traída del extranjero; es un tanto *apócrifa*, menos consistente su perfume. En cambio la *auténtica* no tiene rival entre las restantes esencias del mundo y sirve sin duda para aumentar el prestigio de esa tierra de Africa, presentándola á los ojos de los europeos como un misterioso harem donde se aspiran los efluvios de la rosa encerrada en elegantes frascos, donde las mujeres brindan tesoros de hermosura y donde la existencia se desliza entre las más encontradas emociones.

Aún conservo un bonito frasco de esa preciada esencia, cuyo dulce y penetrante perfume trae á mi imaginación todas las memorias, todas las fantasías de mi viaje á Marruecos, embellecidas con el encanto de la distancia y del tiempo.

VI.

Estar en Tánger y no visitar sus campos y montañas, sus valles y huertos, no es disculpable, y mucho menos en quien profesa una afición decidida á la agricultura.

No es prudente hacer estas excursiones sin llevar algún moro de rey, y por lo mismo utilicé el que puso á mis órdenes el entonces ministro de España en Tánger señor Merri y Colon. Los moros de rey ejercen tal influencia sobre los demás, que *uno solo* se hace respetar de una kabila entera.

Preparados oportunamente ligeros caballos árabes, salimos precedidos del moro Hamlet, que montaba una preciosa mula negra.

Lo primero que se observa al salir de Tánger por el camino de Fez, y despues de cruzar por una antigua puerta de herradura de bellas formas, cuyas maderas están forradas de piel de camello, es el cementerio ma-

hometano. Es tal la sencillez de sus mausoleos, que á no ser por algunos montones de tierra que hay á un lado y otro del camino, que señalan cada sepultura, y las piedras colocadas en el sitio donde descansa la cabeza, todas las cuales están vueltas hácia la Meca, nadie diría la aplicación que dán á aquel terreno.

El suelo, por lo general, está mal cultivado en esta parte de Marruecos, y su feracidad puede decirse que pasa desapercibida para los indolentes rutinarios indígenas. Ni el carácter africano, más contemplativo que laborioso, ni los medios de que disponen los moros para labrar la tierra, son causas favorables para que aquellos campos, ricos y templados por un sol magnífico y ardiente, ofrezcan los productos que la actividad del hombre sabe arrancar á la tierra.

Recorri el campo en todas direcciones, crucé el aduar Soani, compuesto de algunas casas de humilde construcción, fabricadas de barro y cubiertas de paja, y de chozas de feo aspecto, con una sola calle sucia y asquerosa. Varios moros, algunos armados de espingardas, se presentaron de improviso y en actitud poco afable, preguntando al guía Hamlet quiénes eran los viajeros y qué buscaban en aquel sitio, y aunque se dieron por satisfechos con las explicaciones del moro de rey, comprendi que á ir solos, nuestros cuellos habrían hecho conocimiento con las corvas gummies de los salvajes interrogantes.

Casi todos los cónsules y ministros extranjeros tienen

sus casas de campo; pero la de más gusto es la que posee el cónsul de Bélgica. Esta posesion, como todas las de los representantes de Europa, forma un delicioso contraste con las que son propiedad de los hijos del país. La del cónsul de Bélgica sorprende, no solo por la elegancia, la limpieza y la comodidad que revela, sino por la variedad de los productos vegetales que la embellecen.

Y es natural que suceda así, puesto que el método agrícola empleado en unión de la bondad del suelo, ha de proporcionar resultados satisfactorios.

Desde una elevada montaña cubierta de arbustos, tan apiñados que casi impedían la marcha á nuestras cabalgaduras, se desarrollaba un magnífico panorama; verdes colinas, lindas palmeras, valles frondosos, los espesos bosques del cabo Espartel, las ondulaciones del rio *Ouad Bombara*, los pueblos de los Ondras, la llanura del *Djerfabakab*, el cerro *Bajarein*, el Atlántico y el Mediterráneo. Es decir, que en un horizonte relativamente limitado, puesto que se reducía á la potencia visual, pude contemplar el opuesto y distinto cuadro del mar y de la tierra; de las llanuras y las montañas: conjunto embellecido por los admirables tonos que toma la luz en las regiones africanas y por las múltiples ideas que asaltan nuestra imaginación en esos momentos solemnes, en los cuales, lejos de nuestra patria, rodeados de bellezas y peligros y sumidos en esas meditaciones quizá fugitivas, quizá inexplicables, queremos



formular juicios y opiniones acerca de los usos y costumbres que se estudian y de las grandezas que se admiran.

El cielo empezó de repente á cubrirse de negras nubes; el panorama que tenía embargada mi imaginación tomó un aspecto sombrío, y hubo precisión de descender de la montaña para buscar en la ciudad un asilo donde resguardarse de la tormenta que precipitadamente se venía encima.

El moro Hamlet manifestó la necesidad de que aligerásemos el paso, puesto que el agua nos azotaba las espaldas, y nuestros ligeros caballos, al sentir aguijoneados los hijares, y siguiendo el ejemplo de la negra mula del moro guía, partieron á la carrera; pero con tal velocidad, que perdida la senda, fuimos más de una hora saltando matorrales y trepando malezas hasta llegar al camino de Fez. Allí observé las ruinas de un alcázar árabe, ante cuyos muros carcomidos me detuve, á pesar de la fuerte lluvia que caía.

De ocho personas que formaban el grupo expedicionario, solo encontré, junto al alcázar derruido, á mi hijo, que durante la veloz carrera se complacía en tocar con su látigo á la mula de Hamlet, y á este valiente africano que de vez en cuando volvía la cabeza para mirarnos, y con su especial sonrisa parecía decir que se encontraba satisfecho de nosotros.

La lluvia aumentaba por momentos; y no siendo prudente esperar á los rezagados compañeros, parti-

mos nuevamente á la carrera, llegando á Tánger una hora antes que aquellos.

El agua había traspasado mis vestidos que se hallaban materialmente empapados, merced á la violencia con que se distinguen las lluvias de Marruecos.

Al envolverme en las sábanas de una blanda cama preparada y perfumada al estilo africano, con el fin de enjugar mi remojado cuerpo, no pude menos de recordar que *todas las parvas tienen granzas*.



The first part of the report
 is devoted to a general
 description of the
 country and its
 resources. The second
 part contains a
 detailed account of
 the various
 industries and
 occupations of the
 people. The third
 part is a
 statistical summary
 of the principal
 facts of the
 country. The fourth
 part is a
 geographical
 description of the
 country. The fifth
 part is a
 historical sketch
 of the country.

The sixth part is a
 description of the
 climate and
 seasons. The seventh
 part is a
 description of the
 soil and
 agriculture. The eighth
 part is a
 description of the
 minerals and
 manufactures. The ninth
 part is a
 description of the
 commerce and
 navigation. The tenth
 part is a
 description of the
 population and
 government.

The eleventh part is a
 description of the
 education and
 literature. The twelfth
 part is a
 description of the
 religion and
 customs. The thirteenth
 part is a
 description of the
 military and
 naval forces. The fourteenth
 part is a
 description of the
 public works and
 improvements.

The fifteenth part is a
 description of the
 public health and
 medicine. The sixteenth
 part is a
 description of the
 public works and
 improvements. The seventeenth
 part is a
 description of the
 public works and
 improvements.

The eighteenth part is a
 description of the
 public works and
 improvements. The nineteenth
 part is a
 description of the
 public works and
 improvements.

The twentieth part is a
 description of the
 public works and
 improvements. The twenty-first
 part is a
 description of the
 public works and
 improvements.

The twenty-second part is a
 description of the
 public works and
 improvements. The twenty-third
 part is a
 description of the
 public works and
 improvements.

